



el agosto anciano fuera llevado á España ó á Cerdeña. La guerra impidió la realizacion de este proyecto, y acabaron por conducirlo á Valencia de Francia, en donde una dulce y santa muerte (29 de Agosto de 1799) salvó á Pío VI de los tormentos de un nuevo destierro.

Quitaron á los fieles servidores que lo habian seguido, y vendieron como propiedad nacional los pequeños efectos, dejados por el Papa, como señales de buena memoria y gratitud, á sus amigos. Ni aun se atrevieron á enterrar los despojos mortales del santo Pontífice, sin haber recibido órdenes superiores; tan pusilánimes eran con el ejercicio de un poder que se decia libre y popular. Hasta muchos meses despues de su muerte no obtuvo Pío VI la sepultura, en virtud de un decreto consular de Bonaparte (30 de Diciembre de 1799). Pasados dos años (17 de Febrero de 1802), los preciosos restos del Papa fueron trasladados á Roma y solemnemente colocados en la basilica de San Pedro, en medio de las más evidentes demostraciones del filial respeto, mezclado de la alegría y de dolor.

Cuando murió Pío VI, se hallaba todavía Roma en poder de los franceses. Treinta y cinco cardenales, diseminados por el destierro y que se reunieron entónces en Venecia, entraron en cónclave en el convento de San Jorge el Mayor, y eligieron á Gregorio Bernabé, de los condes Chiaramonti, cardenal obispo de Imola, que tomó el nombre de Pío VII. Esta eleccion fué la señal de nuevos triunfos para la religion y un sólemne mentis dado á los oradores de los clubs de Paris, que decian que despues de Pío VI no subiria ningun otro papa á ocupar la silla de San Pedro.

Pío VII fué coronado el 21 de Marzo, dia de la fiesta de San Benito, cuyo hábito habia llevado, y atendidas las circunstancias, fué esta solemnidad tan edificante y recogida como sencilla y modesta. El humilde convento se transformó en Quirinal, y la iglesia de San Jorge representaba al Vaticano. El emperador de Alemania, Francisco II, que habia dado libre y honroso asilo al papa en sus Estados, nombró como ministro plenipotenciario cerca del Santo Padre al mariscal Ghislieri, polaco. Pío VII

TOMO VI

recibió igualmente las felicitaciones y homenajes de los embajadores de Cerdeña, de Nápoles y de España. Por su parte Pablo I, emperador de Rusia, envió un obispo para asegurar al Papa de la proteccion que dispensaria el czar á las provincias católicas que le habian tocado en suerte en el repartimiento de la Polonia (1794). Los mismos romanos, aunque sometidos todavía á la dominacion francesa, pero confiando más que nunca en el restablecimiento del poder temporal del Papa, le mandaron una diputacion encargada de presentarle su respetuosa y fiel sumision. En efecto, poco tiempo despues de su eleccion (el 3 de Julio), en consecuencia de las vicisitudes de la vida, tuvo Pío VII el consuelo de entrar en Roma, donde lo acogió el pueblo con vivísimo entusiasmo.

Despues de dar gracias á Dios ante el altar del Santísimo Sacramento, en San Pedro, se dedicó inmediatamente el Papa á curar las llagas que habia abierto la revolucion en su pueblo y en la Iglesia; y en la encíclica que publicó hizo enumeracion de los medios que podrian emplearse para reparar los males que se deploraban. Restablecióse la autoridad pontificia en Ancona y en Perugia, declaróse libre el comercio de trigos, y Consalvi fué nombrado prosecretario de Estado. Al mismo tiempo dió el Papa ejemplo de la más estricta economia, con el fin de poder pagar los cincuenta millones de deuda; redujo los gastos de su palacio de ciento cincuenta mil á treinta y seis mil escudos; publicó varios edictos para la reforma de las costumbres, y una amnistia política, en la cual no eran exceptuados más que los promovedores de la última revolucion. Pero nuevos sucesos introdujeron nuevas modificaciones en la administracion pontificia. La batalla de Marengo (14 de Junio de 1800), puso todo el Norte de la Italia en poder de los franceses, y produjo el tratado de paz de Luneville (9 de Febrero de 1801), que limitó por el Adige los Estados austriacos en Italia, reconoció la república Cisalpina, y obligó de este modo al papa á renunciar á las legaciones de Bolonia, Ferrara, Forli y Rávena. Despues de aquel tratado mostró el Pontífice el más vivo deseo de restablecer la armonía entre la Santa Sede y la

144

## CAPITULO I

Historia de la Iglesia católica.—Fin del reinado de Pío VI.—Pontificado de Pío VII.

Por la bula *Caritas* habia condenado Pío VI la constitucion civil, y prohibido á los eclesiásticos prestar el juramento que se les exigia. Cuando estalló la guerra entre la Francia y las potencias extranjeras, puso Pío un ejército en pie de guerra para la defensa de los Estados pontificios. Este armamento fué el pretexto de la guerra que los franceses declararon á la Santa Sede, despues de las victorias de Bonaparte en la alta Italia; y Pío VI se vió obligado á aceptar un armisticio, concluido por la intermediacion del caballero Azara (*D. Nicolás*), embajador de España, el cual quitaba al Papa una parte de sus Estados y lo cargaba con una contribucion de veintitun millones de francos (1796). Habiendo exigido al mismo tiempo Bonaparte la retractacion de todos los decretos expedidos contra la Francia, declaró, en consecuencia de la negativa del Papa, roto el armisticio (1 de Febrero de 1797), y poco despues obligó al Soberano Pontífice á firmar la paz de Tolentino (19 de Febrero de 1797), en virtud de la cual, además del Condado, cedido á la Francia, y la Bolonia, la Ferrara y la Romania á la república Cisalpina, debía Pío VI pagar treinta millones de francos, y entregar á la República francesa un gran número de manuscritos y de

objetos artísticos. La paz fué de corta duracion. Habiendo sido asesinado el general Duphot en Roma, en medio de un tumulto, la Francia mandó el general Berthier que invadiera los Estados del Papa y proclamara la república (1798). El partido democrático se mostró tan servilmente adulator con el general, como cobarde y cruel con el infortunado Pío VI. A la entrada del puente de San Ángelo erigió una estatua de la libertad teniendo debajo de los piés la tiara y demas símbolos de la religion. Pintáronse, por irrision, las insignias del pontificado en el telon de boca del teatro Alberti; y los vasos sagrados, arrebatados á los altares, sirvieron para las infames orgías celebradas en honor de la nueva república.

Semejantes excesos hacian más preciosa la presencia del jefe de la Iglesia á la parte sana del pueblo romano. Por esto, fiel á su deber, inalterable en su mision, Pío VI no dejó Roma hasta que, á pesar de su ancianidad, el animoso octogenario fué arrancado del Vaticano á viva fuerza, conducido á Sena, y trasladado al monasterio de cartujos de Florencia. Los afectuosos testimonios de compasion y respeto que allí recibió excitaron las celosas inquietudes de los filósofos y del Directorio, y resolvieron que



Francia. Ya antes había atestiguado su benevolencia declarando que su mayor consuelo sería morir por la salvación del pueblo francés. Bonaparte, primer cónsul (desde el 15 de Diciembre de 1799), deseaba igualmente esa reconciliación, tanto por política quizás como por religión, pues había reconocido que la generalidad de la nación no participaba del odio de los jacobinos á la Iglesia, y conocía que es imposible reinar sobre un pueblo sin religión, y que el restablecimiento de la católica sería la mejor garantía de la restauración del orden y del reposo del Estado. Tal vez calculaba también lo mucho que le facilitarían el camino del trono, al cual aspiraba, la gloria y la autoridad que había de darle la realización de los deseos cada día más pronunciados del país. Mandó, pues, suplicar al Papa, por medio del cardenal de Martiniani, obispo de Versalles, que se dignase enviar á Francia plenipotenciarios encargados de arreglar los asuntos eclesiásticos. Pío VII envió, en efecto, al arzobispo de Corinto, Spina, y á Cazelli, más tarde general de los jesuitas, y por su parte nombró Bonaparte, para que se entendieran con los enviados del papa, á su hermano José, al consejero de Estado Cretet, y al abate Bernier.

Ofreciéronse al principio graves dificultades. Desde 1791, la constitución civil del clero había roto los lazos de la unidad; los obispos constitucionales habían usurpado todas las sillas de Francia, viviendo aún los prelados legítimos, y la institución canónica se hallaba en poder de los legos, lo mismo que los bienes del clero. Los plenipotenciarios del papa creyeron no poder hacer un concordato, á pesar de los buenos deseos que animaban á ambas partes y su identidad en el modo de ver un gran número de puntos. El Papa, que había creado una congregación *á latere* especial para tratar el asunto del concordato, hizo marchar á toda prisa hácia París á uno de los principales individuos de la congregación, el cardenal Consalvi, encargado de hacer, para el mayor bien de la religión, todas las concesiones que fuesen compatibles con la dignidad de la Santa Sede. Cuando llegó el cardenal (22 de Junio), el primer cónsul había reunido en París un

concilio nacional, que de nada debía servir, como se conoció desde luego, para la terminación de las negociaciones. Las mútuas concesiones, hechas sin conocimiento del concilio, facilitaron más prontamente la conclusión, y se convino (15 de Julio) en hacer un concordato que arreglara la restauración de la Iglesia católica en Francia, ó más bien el establecimiento de una nueva Iglesia sobre las ruinas de la antigua. La grande y difícil cuestión de la legitimidad de los obispos fué resuelta por un acto de la omnipotencia pontificia de que atendidas las extraordinarias y urgentes circunstancias en que la Francia se hallaba, usó el papa, deplorando al mismo tiempo el rigor de la medida. Pidió á los antiguos obispos legítimos, dispersados por toda Europa, que renunciasen sus Iglesias. La mayoría de aquellos prelados reconoció la necesidad de aquel paso, único capaz de poner fin al cisma y la persecución religiosa; y de los ochenta que aún vivían, cuarenta y cuatro se sometieron inmediatamente á la urgente súplica del Papa; los otros rehusaron hacerlo, y catorce obispos, cuyas diócesis se habían unido á la Francia de resultas de sus victorias, presentaron su dimisión. El papa y el gobierno francés exigieron que los cincuenta y nueve obispos constitucionales resignaran su poder en manos de los cónsules.

El concordato contenía las principales disposiciones siguientes:

«La religión católica se profesará libre y públicamente en Francia, conformándose, empero, con los reglamentos de policía que se dieran para asegurar la pública tranquilidad. La Santa Sede procederá, de acuerdo con el gobierno francés, á hacer una nueva circunscripción de diócesis. El papa exhortará á los obispos á resignar sus sillas: en el caso que se negasen, pasará á lo necesario, en virtud de la plenitud de su potestad. Pertenece al primer cónsul el nombramiento de los nuevos obispos y arzobispos, lo mismo que el de las personas para las vacantes sucesivas, y todos deberán ser canónicamente instituidos por el papa. Antes de entrar á ejercer sus funciones prestarán los obispos, en manos del primer cónsul, el juramento de fidelidad en la forma



ordinaria; los eclesiásticos de segundo orden lo prestarán en manos de las autoridades civiles que designe el gobierno. Los obispos harán nueva circunscripción de las parroquias de sus diócesis, que se someterá á la aprobación del gobierno. El Sumo Pontífice promete no molestar á los que hayan adquirido bienes eclesiásticos vendidos como bienes nacionales; y, por su parte, el gobierno se compromete á dar á los obispos y curas una manutención conveniente, y autorizar las nuevas fundaciones que quieran hacer los católicos en favor de la Iglesia. El primer cónsul se reserva esta prerogativa, de la misma manera que la tenía el antiguo gobierno.»

Cuando se reconocieron en Roma los artículos de este concordato, formáronse dos partidos entre los cardenales. Habiendo pesado Pío VII las razones de unos y otros, decidió ratificar el concordato, y expuso los motivos de su decisión soberana en un breve de 13 de Agosto. En un segundo breve (15 de Agosto), dirigió una tierna exhortación á los obispos franceses, con el fin de inclinarlos á sacrificar lo que se les pedía para el bien de la Iglesia. A su vez el primer cónsul ratificó el concordato, á pesar de la oposición que encontraba en Francia; pero le añadió unos artículos, llamados *orgánicos*, cuyas cláusulas restrictivas probaban que la inteligencia entre la Santa Sede y el gobierno francés no era tan sincera, tan leal y tan completa como se decía. Estos artículos contenían entre otras cosas, que:

«No se recibirá, ni publicará, ni imprimirá, ni ejecutará, sin permiso del gobierno, ninguna bula, breve, rescripto, mandato, provisión, ni permiso, proveniente de la Santa Sede, cualquiera que sea su contenido, ni aún de los concernientes á particulares. Los catedráticos de los seminarios se obligarán á enseñar los cuatro artículos de la declaración del clero de Francia, y los obispos remitirán su juramento al consejero de Estado encargado del culto. El metropolitano administrará las diócesis cuya sede esté vacante. Los vicarios generales seguirán en el ejercicio de sus funciones después de la muerte del obispo, hasta la instalación del sucesor. Los párrocos no

darán á nadie la bendición nupcial sin que antes acredite que el matrimonio se ha celebrado ya ante la autoridad civil, etc.»

En vano se quejó el papa de aquellos artículos, sobre los cuales nada se le había consultado: el concordato fué ejecutado, y la Iglesia de Francia celebró su promulgación por medio de una fiesta solemne (18 de Abril de 1802). Los demócratas y los compañeros de armas del primer cónsul se mofaron de lo que ellos llamaban una nueva comedia, pretendiendo que el pabellón francés no se había cubierto nunca de tanta gloria como desde que no era bendecido. Pero no por esto vaciló Napoleón, y aún repetía en Santa Elena: «Jamás me arrepentí de haber firmado el concordato. Me hacia falta uno, ese ú otro. Si el Papa no hubiera existido, habría sido preciso inventarlo.»

La reacción religiosa fué entonces universal, y se manifestó en muchos escritos de la época. Primeramente en las obras de Saint-Martin (m. 1804), que teniendo más en cuenta los desvaríos de Jacobo Boehm y de Pordage, que la doctrina de la Iglesia, ejerció por esto mismo poco influjo, á pesar de sus rectas intenciones y de su inteligencia poco común. Saint-Martin revistió de formas fantásticas las ideas místicas de Boehm y Pordage sobre la naturaleza, y compuso un sistema místico-teosófico, que fué propagando especialmente entre los francmasones iniciados en los grados superiores. Martín Ducrey se hizo muy útil á la causa de Dios por la escuela que fundó en Salanches (después de 1800), y más adelante por su Cartuja de Malan. Pero el hombre que en esta época más contribuyó á la restauración de las cosas religiosas y á la glorificación del cristianismo, fué sin duda el ilustre Chateaubriand, cuya elocuente pluma supo interesar á toda la Francia en favor de una causa tanto tiempo abandonada por los literatos en boga.

Había precedido á la publicación del concordato una serie de artículos de periódicos que habían ido sondeando y preparando la opinión pública. Sin embargo, no era necesario emplear tantos artificios para disponer la masa de la nación, que siempre había mirado con hor-



ror los excesos de la impiedad, á volver á la fé de sus padres. Pronto ya no fué de buen tono, en la alta sociedad, el burlarse de las cosas religiosas, y se acogió con una especie de pasión la literatura cristiana. Tanto como había estado en moda el mofarse de la Iglesia, su doctrina y sus formas, tanto pareció en adelante de mal gusto el no manifestar respeto á lo menos por los dogmas y el culto católicos. El religioso lenguaje, las escenas á la par severas y tiernas de *Atala*, y el poético y maravilloso estilo de esta novela cristiana, contribuyeron poderosamente, no sólo á ensanchar el limitado círculo en que mezquinas reglas tenían cautivas á la poesía y á la lengua francesa, sino también á vencer la indiferencia de un pueblo tan ligero como sagaz.

Este nuevo fervor y la virtud antigua y fecunda que jamás desfallece en la Iglesia, hicieron renacer muy luego cierta apariencia de orden y de estabilidad. Restablecieron los seminarios, sobre todo en las metrópolis y junto á las catedrales. A instancia del mismo gobierno volvieron los sacerdotes á vestir su traje, y la piedad de los fieles secundó las instituciones y las comunidades fundadas para la educación de la juventud y la asistencia de los enfermos. Cada día se verificaba alguna conversión importante y ruidosa. La Harpe, conmovido en su prisión con la lectura de la *Imitación de Jesucristo* (1794), se convirtió de nuevo á la fé, y, en un codicilo de su testamento, retractó todos los errores de sus obras (11 de Febrero de 1803). Algunos nuevos dignatarios rindieron á la Iglesia parte de su antiguo esplendor. Los arzobispos Du Belloy, de Boisgelin, Cambaceres y Fesch fueron creados cardenales por Pío VII.

Por su parte, el jubileo de 1804 (10 de Marzo) favoreció también el retorno de los espíritus hácia las prácticas religiosas. Sin embargo, el concordato encontró algunas resistencias parciales, que obligaron al cardenal legado á dirigir una circular á los obispos franceses. Los esfuerzos del cardenal Caprara para restablecer en todas partes el orden y la autoridad de la Iglesia fueron secundados por el piadoso é infatigable abate Barruel. En consecuencia, el

gobierno, á su vez, reconoció y autorizó algunas congregaciones, como la de los Sacerdotes de la Mision, la de Hermanos de la Doctrina cristiana y la de Hermanas de la Caridad, cuya incontestable utilidad se complacia Napoleón en reconocer. El gobierno sostuvo, más particularmente aún, con su favor y sus medios pecuniarios, la congregación de las Misiones extranjeras; y cuando la paz con la Puerta otomana, concluida por el general Bruno, recobró la Francia el derecho de proteger á todas las Iglesias del rito latino en Levante; derecho que, según las órdenes del gobierno francés, ejerció muchas veces el coronel Sebastiani en sus viajes por Egipto, Siria y las islas Jónicas.

Habiendo sido Napoleón proclamado emperador en 1804 (8 de Mayo), por un senatus-consulta, invitó y suplicó al papa que lo coronase, consagrando así por medio de la religión un imperio cimentado en la victoria. Después de prolongadas vacilaciones, resolvió Pío VII, á pesar de las exigencias contrarias de las grandes potencias de Europa y de las protestas solemnes de Luis XVIII, ir á Paris, porque veía en aquel viaje, según declaró en consistorio (29 de Octubre), los intereses de la religión, de los cuales podría tratar verbalmente con el emperador, tomando al cielo por testigo de que no obraba en tan solemne ocasión más que para la gloria de la salvación de las almas y los progresos de la religión católica. El Santo Padre, acompañado de cuatro cardenales, cuatro obispos y dos prelados, salió de Roma en medio de las lágrimas de su pueblo, atravesó los Alpes en el corazón del invierno (2 de Noviembre), y recorrió en triunfo una parte de la Francia. En todas partes fué acogido con los más vivos testimonios de respeto, y los caminos franceses se cubrieron, como los de Saboya, de una multitud devota y solícita por verlo. Conmovido el Santo Padre al ver las demostraciones del pueblo de Lyon que, al descubrirlo en el balcón de su alojamiento, se puso espontáneamente todo de rodillas, levantó Pío VII las manos al cielo, para dar gracias á Dios por haber conservado tan grande piedad en un país donde la incredulidad había sido antes tan poderosa. No se mostraron los parisienses



ménos respetuosos ni ménos solícitos, y dejaron bien burladas las esperanzas que de su ligereza, su indiferencia y su cruel amor á la bufonería, el partido antireligioso había concebido. En todas las circunstancias se agolpaba la muchedumbre al rededor del papa, para recibir su bendición apostólica; y puede decirse que las sinceras señales de este religioso y filial respeto del pueblo francés no disminuyeron en nada después de la coronación del emperador (2 de Diciembre). El cardenal arzobispo de Paris se hizo elocuente intérprete de los sentimientos del pueblo: «En vano, decía, se multiplicó el número de los enemigos de la Iglesia; su nombre se ha perdido en la noche de los tiempos; apenas encontramos los rastros de su existencia... ¡Oh Santa Iglesia romana! Tú has triunfado de los siglos; tú has vencido constantemente á la impiedad, conservando la pureza de las costumbres, la integridad de la doctrina y la uniformidad de la disciplina, que recibiste de tu divino Fundador. Este precioso gaje te asegura para siempre la victoria sobre tus enemigos, y la veneración y sumisión de todos tus hijos. Y tú, Pontífice venerable, heredero de las virtudes de tus predecesores, acoge benigno los testimonios de gratitud de la parte de tu baño que vienes á visitar.»

Las generales y respetuosas atenciones de que el papa era objeto excitaban los celos de Napoleón, que manifestó su disgusto por medio de un comportamiento mucho ménos benévolo con su ilustre huésped. El Santo Padre se vió obligado, á su pesar, á estarse en Paris todo el invierno, y ni aún tuvo libertad para hacer las piadosas visitas que quería. No obstante, después de algunas conferencias con el emperador, consiguió que se dejara á los obispos en el libre ejercicio de su autoridad; logró allanar las dificultades que se habían opuesto hasta entonces al sacerdocio; provocó varias disposiciones favorables á la educación cristiana de la juventud, á la asistencia espiritual de los enfermos, de los soldados, etc. Siempre, empero, reclamó inútilmente, con las mayores instancias, la revocación de los artículos orgánicos: el emperador se negó constantemente á

ello. El papa no pudo volver á sus Estados (4 de Abril de 1805), hasta que Napoleón fué á Italia á recibir la corona de hierro, y volvió, para decirlo así, como yendo en la comitiva de aquél. Los honores que recibió en Lyon y en Turin excedieron seguramente en magnificencia á las fiestas celebradas al paso del emperador. Á estos honores se juntaron además muy santos y dulcísimos consuelos; pues al pasar por Turin, consiguió Pío VII, por medio de su intervención personal, la renuncia de su silla episcopal, que hasta entonces se había reclamado en vano del arzobispo; y Scipion Ricci, promovedor del sínodo de Pistoia, se mostró dispuesto á una sincera reconciliación con la Iglesia. Apenas llegado el soberano pontífice á Roma, se dirigió á los cardenales, en un consistorio secreto, para darles cuenta de los resultados de su viaje; tomó otra vez con firmeza las riendas de la administración, y se dedicó con toda su alma al gobierno de la Iglesia universal, procurando al mismo tiempo hacer florecer las artes en sus Estados.

El descontento que el emperador había manifestado al papa durante su permanencia en Paris, y que no se fundaba sólo en impresiones pasajeras, iba en aumento y pronunciándose cada vez más. Después de haber usado el emperador de la influencia del papa para sancionar su poder á los ojos de los pueblos; después de haber introducido en el Catecismo francés que: «oponerse al emperador consagrado por el papa era exponerse á la condenación eterna»; y que uno de los primeros deberes del cristiano era sujetarse al servicio militar, por el que había restablecido la autoridad de la Iglesia; embarazado con la existencia de un poder superior al suyo en la opinión de los hombres, concibió el pensamiento de subyugar al pontificado, de la misma manera que había sometido el cetro de los reyes á su imperial supremacía. Para esto era menester entrar en hostilidad abierta con el papa, y para ello seguramente no habían de faltar pretextos.

En efecto, poco después de la coronación en Milan (26 de Mayo de 1805), expidió el emperador muchos decretos desfavorables á la Iglesia. Creó una comisión encargada de apli-



car en Italia el código civil francés sin ninguna modificación, y nombró obispos italianos, contra lo dispuesto en el concordato hecho para la república Cisalpina. El papa les rehusó la institución canónica, y el asunto quedó en suspenso durante la campaña de 1805. «El rey de Inglaterra y el emperador de Rusia, decía Napoleón, son muy dueños en su casa: ellos arreglan de una manera absoluta y sin intervención de nadie los asuntos religiosos de sus países.» De este modo iba ensayando el proyecto muy deliberado de destruir la influencia de la Santa Sede. Siguió en la ejecución de su plan, apoderándose del puerto y ciudad de Ancona, violando, por consiguiente, la neutralidad del papa, reconocida por todas las potencias, y exponiendo así los Estados pontificios á las represalias ejercidas contra la Francia; pidiendo, más adelante, el relevo de todos los que no le gustaban en el personal de las embajadas en Roma, y exigiendo, en fin, que el Papa cerrara sus puertos á los buques de Inglaterra, so pena de ver á las tropas imperiales ocupar la marca de Ancona. «Vos sois el soberano de Roma, y yo soy el emperador: mis enemigos deben serlo vuestros,» decía Napoleón con una lógica tan audaz como peregrina, en una carta dirigida al papa en 13 de Febrero de 1806. Rechazando el pontífice una proposición que habria envuelto al padre de la cristiandad en cualquier guerra, según el antojo del emperador, declaró que le era imposible, sin mancillar su honra, sin atraer sobre sí el ódio universal de la Europa, y sin hacer traición á su deber y á su conciencia, exponerse á ser enemigo de todos los adversarios del emperador y cómplice de una guerra general y permanente; y que él no podía ni queria declarar la guerra al gobierno británico, de quien no habia recibido ofensa alguna. «Siendo el ministro de paz, decía, y el representante del Dios de la paz, muy lejos de comprometerse á lo que se le pedia, debía invocar al cielo, y no dejar nunca de implorarlo para obtener el término de la guerra y la vuelta de la concordia y del reposo universal.» Irritado Napoleón con semejante repulsa, contestó que el papa, á pesar de su impotencia, habia amenazado al emperador, como si fuera

otro Gregorio VII, y que sin duda creían en Roma, al ver una longanidad tan contraria á sus hábitos y á su carácter, que temía los rayos del Vaticano. El Pontífice contestó á su vez, negándose á reconocer, sin condicion, á José Napoleón como rey de Nápoles. «Si V. M.,» escribía al emperador, está convencido de su peder, Nós sabemos que sobre todos los montes de la tierra hay un Dios vengador de la justicia y la inocencia, á quien están sometidas todas las potestades humanas.» La respuesta de Napoleón fué presentar seis nuevas peticiones (7 de Enero de 1808), que equivalían á una declaración de guerra. En efecto, inmediatamente despues, el general Miollis pidió libertad para atravesar los Estados pontificios, para ir á Nápoles con seis mil hombres, y le fué concedida (Febrero de 1808). Mas no contento el general con atravesar los Estados de la Iglesia, entró en Roma, se apoderó de todos los puestos, puso guarnición en el castillo de San Ángel y mandó asestar ocho cañones contra el Quirinal. El papa protestó por medio de una nota que se remitió á todos los embajadores extranjeros presentes en Roma. Retiráronse los cañones; pero los actos de violencia siguieron del mismo modo. Los franceses se apoderaron del correo y de todas las imprentas, incorporaron las tropas papales al ejército imperial, y enviaron á Mántua á los oficiales recalcitrantes. Cuatro cardenales fueron conducidos á Nápoles como reos de Estado; otros diez desterrados de Roma; la guardia suiza fué desarmada delante del palacio pontificio, y la guardia noble encerrada en el castillo de San Ángel. El secretario de Estado del papa reprodujo sus quejas; el embajador francés contestó que se estaban sufriendo sólo las consecuencias de la negativa dada al emperador, que no renunciaría nunca al proyecto de reunir toda la Italia en una liga ofensiva y defensiva, con el objeto de librarla de la guerra y los desórdenes. «El Santo Padre, decía, protesta con esta negativa que no quiere hacer la guerra al emperador,» y al mismo tiempo se la declara. Pues bien, «la primera consecuencia de la guerra es la conquista, y la primera consecuencia de la conquista el cambio de gobierno en los Esta-



dos conquistados; sin embargo, este cambio, añadía, no le privaría de sus derechos espirituales; el papa continuaria siendo el obispo de Roma, como lo fueron sus predecesores durante los ocho primeros siglos y en tiempo de Carlo Magno; el emperador se condolia de ver destruida por la sinrazón, la terquedad y la ceguera, la obra del genio, de la política y de la civilización.» Pío VII contestó que él no podía impedir que el emperador fuese sordo á la voz de la justicia, que se apoderase de los Estados de la Iglesia por derecho de conquista, y que se destruyese su gobierno; mas al propio tiempo declaraba solemnemente que no podía haber lugar á la conquista, supuesto que vivía en paz con el mundo entero; que en consecuencia aquello no sería más que una violenta é inaudita usurpación; que, por otra parte, el querer destruir la Santa Sede, no era querer destruir la obra del genio, de la política y de la civilización, sino la del mismo Dios, de quien deriva todo poder, y particularmente el que se dió al jefe de la cristiandad para el bien de la religión; y que, en todo caso, el papa, sumiso y adorando los decretos de la Providencia, se consolaría con el pensamiento de que Dios es el Señor soberano, y que todas las cosas se someten á su voluntad divina cuando llega el momento fijado por él para su cumplimiento (19 de Abril).

En medio de estas negociaciones, tan altivas por una parte y tan dignas por otra, prevaleció el decreto de Napoleón, que declaraba las provincias de Urbino, de Ancona, de Macerata y de Camerino, irrevocablemente y para siempre incorporadas al reino de Italia, y que disponía que todos los cardenales, prelados y dependientes de la corte romana volviesen á dicho reino de Italia antes del día 25 de Mayo, bajo la confiscación de todos sus bienes. Esta última medida envolvía la intención de disolver completamente el colegio de los cardenales, que veinticuatro de ellos habian sido deportados. En vano se lamentó el papa de que el poderoso monarca á quien habia confiado antes, al pié de los altares, el cetro y la mano de la justicia, lo despojase, con desprecio de toda especie de derechos, de la mejor parte de sus

Estados: su reclamación fué estéril; el emperador persistió en sus violentas medidas. Habiéndose mostrado el gobernador de Roma, Calvacchini, poco complaciente, fué enviado á la fortaleza de Feneselle; el cardenal Gabrielli, secretario de Estado, sorprendido inopinadamente en el palacio del gobierno, vió rotos sus escudos de armas, arrebatados sus papeles de Estado, y fué conducido á su obispado de Sinigaglia; y el cardenal Cappa, nombrado en su lugar, fué arrestado á su vez. Al saberlo el Papa, fué á encontrarlo y lo llevó al Quirinal, firmemente resuelto á compartir la cautividad con su ministro. Colocáronse, en efecto, inmediatamente avanzadas al rededor del palacio, y todos los que entraban ó salían eran severamente registrados. Se creó un diario romano, que llenaron de injurias cotidianas contra el gobierno pontificio; se formó un consejo de guerra para juzgar y condenar á muerte á los súbditos pontificios que no querían sujetarse á la ley francesa, y muchos fueron, en efecto, ejecutados á la misma vista de su legítimo soberano; por último, un decreto, fechado en Viena (17 de Mayo de 1809), unió al imperio francés lo demás de los Estados de la Iglesia, determinó que el papa recibiría una renta de dos millones de francos y conservaría sus propiedades y palacios, y declaró á Roma ciudad libre é imperial. Ejecutóse este decreto el 10 de Junio, y el papa firmó inmediatamente una protesta en italiano, que se fijó durante la noche siguiente en Roma; al mismo tiempo, siempre digno é inflexible en su deber, dió al cardenal Cappa las órdenes convenientes para la expedición de la bula de excomunión, recomendando mucha prudencia á los que debían ejecutarla. Algunas horas despues la bula se hallaba fijada, en medio del día, en las puertas de las tres iglesias principales de Roma. Pronunciábase excomunión contra los que ejercían actos de violencia en los Estados de la Iglesia; pero, al mismo tiempo, se prohibía á los súbditos pontificios y á todos los pueblos cristianos tomar esta excomunión como motivo ó pretexto para atacar de cualquier modo los bienes ó derechos de aquellos á quienes se dirigía. Habiendo preguntado los romanos si podrían, se-